



La Santa Sede

MENSAJE URBI ET ORBI DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

(Pascua, 12 de abril de 1998)

1. *"Vosotros sabéis lo sucedido a Jesús de Nazaret... nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén" (Hch 10, 37-39).*

Estas son las palabras que el apóstol Pedro dirigió al centurión Cornelio y a sus familiares.

Hoy hablan los testigos.

Hablan los testigos oculares de los acontecimientos del Viernes Santo, los que sintieron miedo ante el Sanedrín.

Hablan los que al tercer día encontraron la tumba vacía.

Testigos de la resurrección primero fueron las mujeres de Jerusalén y María Magdalena; después fueron los Apóstoles, informados por las mujeres; Pedro y Juan los primeros, después todos los demás.

También fue testigo Pablo de Tarso, convertido a las puertas de Damasco, al cual Cristo concedió experimentar la fuerza de su resurrección, para que fuera el vaso elegido del ardor misionero de la Iglesia primitiva.

2. Realmente, hoy toman la palabra los testigos: no solamente los primeros, los testigos oculares, sino también quienes recibieron de ellos el mensaje pascual y dieron testimonio de Cristo muerto y resucitado

de generación en generación.

Algunos fueron testigos hasta derramar su sangre y, gracias a ellos, la Iglesia ha seguido caminando incluso entre duras persecuciones y persistentes rechazos.

Con este incesante testimonio ha crecido la Iglesia que se ha extendido ya por toda la tierra.

Hoy es la fiesta de todos los testigos, incluso los de nuestro siglo, que han anunciado a Cristo en medio de la "gran tribulación" (Ap 7,14), confesando su muerte y resurrección en los campos de concentración y en los gulag, bajo la amenaza de las bombas y los fusiles, en medio del terror desencadenado por el odio ciego, que lamentablemente se ha apoderado de personas solas y de naciones enteras.

Todos ellos vienen hoy de la gran tribulación y cantan la gloria de Cristo: en Él, resucitando de las tinieblas de la muerte, se manifiesta la vida.

3. Hoy también nosotros somos testigos de Cristo resucitado y renovamos su anuncio de paz a toda la humanidad que camina hacia el tercer milenio.

Testimoniemos su muerte y su resurrección especialmente a los hombres de nuestro tiempo implicados en luchas fratricidas y mortandades, que abren de nuevo las heridas de las rivalidades étnicas, y, en diversas regiones de todos los Continentes, particularmente en África y en Europa, siembran en la tierra la semilla de la muerte y de nuevos conflictos para un triste porvenir. Este anuncio de paz es para todos los que recorren un calvario que parece interminable, frustrados en sus aspiraciones al respeto de la dignidad y de los derechos de la persona, a la justicia, al trabajo, a condiciones de vida más equitativas.

¡Que se inspiren en este anuncio los responsables de las naciones y todos los hombres de buena voluntad!, especialmente en Oriente Medio y particularmente en Jerusalén,

donde la paz está en peligro por opciones políticas arriesgadas.
 Que este anuncio dé valor a quien creyó y aún cree en el diálogo
 para resolver tensiones nacionales e internacionales;
 que infunda en el corazón de todos la audacia de la esperanza
 que nace de la verdad reconocida y respetada,
 para que se abran en el mundo
 los horizontes nuevos y prometedores de la solidaridad.

4. Cristo, muerto y resucitado por nosotros,
 ¡Tú eres el fundamento de nuestra esperanza!
 Queremos hacer nuestro el testimonio de Pedro
 y el de tantos hermanos y hermanas a lo largo de los siglos,
 para proponerlo de nuevo en el umbral del nuevo milenio.
 Es verdad: "La piedra que desecharon los arquitectos
 es ahora la piedra angular" (*Sal* 117 [118], 22).
 Sobre este fundamento ha sido edificada la Iglesia del Dios vivo,
 la Iglesia de Cristo resucitado.

En la liturgia de hoy esta Iglesia canta
 un himno antiguo y siempre nuevo.
 Con palabras llenas de estupor
 anuncia la victoria de la vida sobre la muerte:
 "Mors et Vita duello conflixere mirando...".
 "Lucharon vida y muerte en singular batalla
 y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta".
 Parece como si esto hubiera ocurrido ayer,
 La Iglesia se dirige a María Magdalena,
 que fue la primera en encontrar al Señor resucitado:
 "*Dic nobis, Maria, quid vidisti in via?*".
 "¿Qué has visto de camino, María, en la mañana?
 A mi Señor glorioso, la tumba abandonada,
 los ángeles testigos, sudarios y mortaja.
 ¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!
 Venid a Galilea, allí el Señor aguarda".

5. Hoy Tú, el Resucitado, quieres encontrarte con nosotros,
 en todos los lugares de la tierra.
 como ayer te encontrabas con los Apóstoles en Galilea,
 Gracias a este encuentro podemos repetir también todos:
 "Scimus Christum surrexisse a mortuis vere:
 tu nobis, victor Rex, miserere".

"Primicia de los muertos, sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
Rey vencedor, apiádate de la miseria humana".

©Copyright - Libreria Editrice Vaticana